

—¿El conde?...

—No hay más que un Brancur, que yo sepa.

—Uno de los hombres más apreciados en París... ¿No es joven?...

—No; pero debo deciros que si yo estuviera soltera, le daría la preferencia sobre un cierto número de jóvenes que conozco.

—Que no os oiga él, porque eso le enorgullecería.

—¡Oh! No se lo he ocultado... Ese es mi carácter... En una palabra, excepto el coronel, mi tía y yo, Magdalena no recibe á nadie.

—¿Ha tenido grandes disgustos?

La señora Chagny miró al barón con desconfianza.

¡Ya lo hemos dicho: era sinceramente decidida por su amiga.

Una sola vez en su vida la había hecho traición.

Y aun en aquella ocasión tenía una excusa que la hubiera absuelto ante el tribunal del amor.

Después había tratado de redimir esta única perfidia por una serie de atenciones, cuidados y verdaderas ternuras.

Saint-Aubin, con su ojo muy penetrante, vió á la hermosa rubia replegarse en sí misma, por decirlo así, como la sensitiva se cierra al contacto de una mano atrevida, y se propuso vencer aquella repulsión.

—No creais—dijo—que en estas gestiones me mueva un vano sentimiento de curiosidad. No conozco á la señorita de Arvil, pero os conozco á vos...

—¡Oh! ¡tan poco!...

—¡Dispensadme! Cuantas veces he tenido el honor de veros, al entrar ó salir de vuestro hotel, errante por vuestro jardín ó pensativa en la ventana, y permitidme que lo afirme, he sentido por vos una viva y respetuosa simpatía.

Esto fué tan bien dicho, con una mesura y un tono tan lleno de deferencia, que hubiera sido difícil á la mujer más susceptible ofenderse por semejante afirmación.

Una ligera sonrisa, impregnada de ironía, plegó los labios de la señora Chagny.

—Continuad, caballero—dijo.

—Dios mío, señora—repuso Saint-Aubin,—voy á complaceros en seguida. Ya sabéis que ocurren cosas muy raras en la vida.

—¿A quién se lo decís, caballero? Ya véis; jamás hubiera yo creído que sería un día la señora Chagny, y sin embargo hoy lo soy. Os confieso que algunas veces me admiro de esto, no porque tenga por qué quejarme de mi marido... Es ciertamente el hombre de mundo que más nos convenía á mi tía y á mí, lo que no impide que me sorprenda á veces al verle ir y venir por esta habitación... ¡Es verdad que él está tan poco en casa!... ¿Deciais?

—Que hay grandes casualidades en la vida. Ahora ha ocurrido una en la mía que me ha dado mucho que reflexionar.

—¡De veras!

—Como tengo el honor de decíroslo.

—¿Y en qué puede estar mezclada en ese asunto la señorita de Arvil?

—Vais á saberlo.

—Decidlo, os lo suplico. Me interesáis infinito,

—Lo que á mí me ha ocurrido os hubiera ocurrido á vos, y aun os hubiera sorprendido más que á mí; os hubiera conmovido más.

—¿Creéis?

—Lo creo firmemente.

—¿Y la causa?

—Es que esta sorpresa hubiese estado en razón directa del interés que el uno y el otro tenemos en los asuntos de la señorita de Arvil.

La señora de Chagny abrió extraordinariamente los ojos.

Evidentemente no comprendía nada.

—Vais á comprender — dijo Saint-Aubin, que la miraba con avidez y adivinaba su pensamiento. — La señorita de Arvil es madre de una criatura, y esa criatura se ha perdido. Esto es lo que de público se dice.

—Seguid.

—Si no me equivoco, esa criatura debe ser una niña.

—¿Que os lo hace pensar?

—La casualidad de que os hablaba hace poco... Ahora bien, esa niña yo sé que existe.

—¿Cómo?

—¡Diré más, sé donde está!

—¡Vos!

Esta exclamación fué tan espontánea, que el barón se afirmó en su creencia.

Magdalena de Arvil tenía una criatura.

Esta criatura era una niña, y esta niña estaba perdida.

Esto era claro.

La señora Chagny, á pesar de toda su astucia, acababa de hacerse traición.

Pero ya se había apercebido de esto y procuraba enmendarlo.

—Eso es una novela—dijo.—Si la señorita de Arvil hubiese tenido una hija y á esa hija no la hubieseis visto nunca ¿cómo podríais reconocerla? ¡Lleva el nombre en la frente!

Saint-Aubin sacudió la cabeza.

—No—dijo.

—¿Conocéis alguna persona que se haya alzado delante de vos de ser hija de mi amiga?

—Tampoco.

—¿Pues entonces?

—Escuchadme... Yo soy muy serio, os lo aseguro... Suponed que uno de mis amigos, en quien tengo una entera confianza, me haya contado que estando en un país que no quiero indicaros...

—¿París?

—París ó provincias... tal vez en ambos... Suponed, digo, que mi amigo se haya encontrado enfrente de una joven.

—¿De qué edad?

—Dieciocho años, poco más ó menos... Comprenderéis que no lleva la partida de nacimiento en la cara.

—Bueno.

La señora Chagny se había estremecido ligeramente.

Los ojos del barón eran muy vivos y su memoria excelente.

No perdía el menor detalle de aquella conversación y su convicción se hacía de minuto en minuto inquebrantable.

Prosiguió diciendo:

—Suponed ahora que á mi amigo, al ver á esa joven le haya llamado la atención uno de esos parecidos tan exactos que no se podían escapar á nadie; que en una palabra, al ver á

esa joven se haya creído en presencia de la madre!

—¡Oh!

—Sí, en verdad. Me lo ha afirmado y no seré yo quien dudará jamás de su palabra, ni de su inteligencia.

La señora Chagny reflexionaba.

Ciertamente, había en esto una coincidencia extraordinaria, pero ¿qué significaba un parecido más ó menos perfecto, y además en donde estaba la prueba de que aquello no fuese una historia inventada para servir de pretexto á la visita que recibía?

—Amigo mío—dijo—me permitiréis haceros observar.

—Que todo esto no son más que cuentos que no tienen fundamento alguno.

—No me hubiese atrevido á deciroslo...

—Esperad... Sorprendido por un parecido tan extraordinario, mi amigo interrogó á esa joven y hé aquí lo que supo: Que ella no sabe ni donde nació ni quienes son sus padres... Jamás ha oído hablar de ellos. Que ha sido criada por unos aldeanos en una aldea perdida... ¿No son estas circunstancias que pueden interesar á vuestra amiga?... ¿Qué decís de esto?

La señora Chagny contestó terminantemente:

—Nada.

Pero á pesar de su talento y el poder de disimular de que estaba dotada, su cara decía lo contrario.

Se prometía contar á Magdalena cuanto el barón le había dicho.

A pesar de sus desconfianzas instintivas contra su vecino, sentía que había en aquello un hecho del que podía salir la luz, un punto de

partida para nuevas pesquisas, una esperanza sin duda.

Pero el secreto de su amiga no la pertenecía.

Era preciso esperar.

El barón la miró sonriendo.

Ninguna de las impresiones de aquella cabeza espiritual se le escapaba.

—¿De modo—dijo—que no puedo conseguir interesaros?

—No gran cosa, os lo confieso.

—Yo esperaba otra cosa al contaros esos sucesos, cuya autenticidad os garantizo. Pensaba que al venir á daros cuenta de ellos prestaría un servicio á una persona á quien profesais un grande afecto.

—Es verdad. Magdalena y yo estamos unidas desde hace muchos años por una amistad que no se ha desmentido... Cuanda la vea, mi primer cuidado será decirla cuanto me habéis comunicado. Temo que diga lo que yo: que esas son novelas...

El barón sabía ya casi lo que se había propuesto saber.

La impresión producida en Hortensia por sus revelaciones le habían dicho más que todas las confesiones y todas las confidencias.

Conocía el secreto de la señorita de Arvil y quería permanecer dueño del suyo.

Cambió de pronto de tono.

—No se os puede engañar—dijo.—Veo que no tenéis confianza. Pues bien; tenéis razón, y me habéis adivinado. Yo deseaba ardentemente veros, hablaros, y he tomado al azar el primer pretexto que se ha presentado á mi imaginación; dispensadme. Esa ridícula historia no ha

sido más que un medio para mí de poder llegar hasta vos... ¿Queréis que sea más franco? En ese deseo entraba un poco de curiosidad por aclarar el misterio que apasiona á todos los que de cerca ó de lejos conocen á la señorita de Arvil. Habéis permanecido impenetrable... No estoy más avanzado en esa cuestión que en el momento en que entré en vuestra casa.

A la señora Chagny no la gustó esta declaración, porque creía haber descubierto un poco de luz para su amiga.

Así es que algo malhumorada exclamó:

—¡Quitad allá, caballero! Lo que acabais de hacer está muy mal hecho, y es completamente indigno de un *gentleman*.

—Pero digno de un adorador.

Iba á decir de un enamorado.

Se detuvo ante un fruncimiento de cejas de la hermosa rubia.

Hortensia repuso sonriendo:

—¿De modo que me espiabais? ¡Vos lo habéis dicho!

—Pero...

—¡No podré asomarme á la ventana, pasear por el jardín, ir y venir, sin que me acechéis!

—Buscad un hombre que teniendo una vecina como vos, no tenga un placer infinito en examinar al través de las persianas ó de la gasa de las cortinillas las hermosas cosas cuya vista le proporciona el azar. Si yo soy culpable, ¿cuántos otros lo han sido, lo son ó lo serán! ¿Me queréis mal por eso?

—¡Oh, Dios mío, no!... Os perdono la pequeña comedia que acabáis de representar.

—¡Es bien inocente! ¿A quién puede perjudicar?... La señorita de Arvil es desgraciada, esto es cierto... En su vida ha habido un desastre... ¿Cuál ha sido? Nadie, excepto vos tal vez, está enterado de eso. Yo sabía que no la haríais traición... A nadie he perjudicado más que á mí mismo para con vos.

Preciso es decir que el barón estaba irresistible en aquel momento. Se hubiera podido creer que no tenía más de treinta años.

¿Tuvo la señora Chagny una tentación de un instante?

Es posible.

La ocasión era de esas que á ciertas hijas de Eva las gusta aprovechar.

Miró al barón con ojos en que no había seriedad, y dijo con mucha amabilidad:

—Dios mío, mentiría si dijese que vuestra superchería me había irritado seriamente. Las distracciones son tan poco comunes en este mundo monótono y estúpido, que es siempre una suerte hablar con un hombre de talento. Me habéis hecho pasar un rato agradable. Si no os proponíais más que romper el hielo entre nosotros, lo habéis conseguido sin trabajo, porque no era muy fuerte...

Esto fué dicho con tono medio en broma medio enternecido.

La señora de Chagny comprendió el peligro que hubiera habido para su debilidad de mujer en jugar con el fuego prolongando la entrevista, porque añadió levantándose con viveza.

—El espesor de una pared mediana lo más.

La entrevista parecía terminada.

El barón juzgaba sus progresos suficientes para una vez.

Se levantó á su vez y con amable tono preguntó inclinándose:

—¿Me permitiréis volver á veros?

—Ciertamente; vuestras visitas proporcionarán siempre una satisfacción á mi tía y á mí. No nos separamos casi nunca. No debe estar lejos.

Había una malicia infinita en esta frase.

Decididamente la hermosa rubia desechaba el encanto que se había apoderado de ella un instante. El barón no pudo contener un ligero movimiento de despecho.

Como para dar razón á aquella pequeña amenaza de la señora Chagny, se abrió una puerta y una delgada y alta silueta de vieja, hizo su entrada en el adorable buen retiro en donde Saint-Aubin por atrevido que fuese y acostumbrado á las conquistas, acababa de pasar tal vez al lado de una victoria.

Aquel largo cuerpo seco y huesudo estaba envuelto en una bata sujeta á la cintura por un cordón con borlas.

La cara delgada, de pomulos salientes, ojos chispeantes, sepultados en cavidades amarillas, la boca sin labios, ofrecía una expresión de sutileza y de voluntad extraordinaria.

—Tía, el señor barón de Saint-Aubin, nuestro vecino, uno de los buenos amigos de mi marido—dijo la señora de Chagny.

—¡Ah! ¡el señor de Saint-Aubin!—exclamó la señora.

Saludó; pero muy ligeramente al barón, que no la agradaba.

—La señorita Duprat, mi tía—añadió la señora Chagny—complaciéndose maliciosamente en prolongar la presentación.

—He tenido el honor de verla varias veces desde mi ventana—dijo el barón inclinándose.

—¿Cómo es que hemos tenido que esperar tanto tiempo para tener el gusto de recibir vuestra visita?—preguntó irónicamente la vieja.—Entre vecinos...

Saint Aubin se excusó.

Había rogado muchas veces al señor Chagny que le presentase á las señoras, y además, la vida de París, sus agitaciones, el torbellino, los negocios, habían retardado siempre aquella visita que sin embargo él consideraba como un honor y una satisfacción.

Apesar de su aplomo, los ojitos grises y fríos de la tía de la señora de Chagny le causaban molestia.

Después de haber balbuceado algunos cumplimientos, cuya forma salvaba la banalidad, se despidió y salió.

Cuando tía y sobrina quedaron solas, la primera lanzó á esta una mirada casi severa, y dijo:

—¿Cómo recibes á semejante canalla?

—La palabra es dura.

—Es justa. El barón es un vividor de la más detestable reputación.

—¡Oh!

—Sé lo que digo... Un caballero que no tiene una peseta y que se da tono de príncipe... No es el único. Hay muchos en París como él. ¿Qué venía á hacer aquí?

—A verme, ó á hablarme de un asunto.

—¿De qué asunto?

—De uno que interesa á Magdalena.

—¿Qué puede haber de común entre Magdalena de Arvil y ese personaje?

—Unos informes que me daba para ella.

—¿Respecto á?...

—Es muy oscuro. No he comprendido bien. Otro día me enteraré mejor y te explicaré de qué se trata.

—Bueno, pero si quieres creerme debes recibir lo menos posible á ese barón de contrabando.

—Nada de eso. Los Saint Aubin son de excelente familia, de una de los mejores del país.

—¿De qué país?

—De la Auvernia.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Mi marido lo afirma.

—¡Ah! Si tu marido le alaba es que se divierten juntos.

—¡Tía!

—Tu esposo no es perfecto tampoco; bien lo sabes, querida!

—¿Por qué me lo elegiste?

La tía oprimió los labios.

—Ese es mi remordimiento—declaró.—A veces me equivoco. Pero éste al menos tiene condiciones... Sabe ganar dinero... Se conoce de donde viene lo que gasta... No hay nada que decir de su honradez, mientras que la de ese barón...

La tía no concluyó.

Se apoderó de ella un acceso de ternura por su encantadora sobrina; la cogió la cabeza entre sus huesudas manos, y la dió un prolongado beso.

—Y además no te arruinaría él—añadió completando su pensamiento, mientras que ese pájaro... ¡la ruina, la calamidad más horrible que se puede entrever en ese medio burgués,

en donde el lujo es el primero de los bienes y el dinero la más deseada de las conquistas!

Saint-Aubin, al entrar en su casa, se sentía picado en lo más vivo por las ironías que parecían herirle aun los oídos.

Además, no podía menos de pensar en el espectáculo ligeramente excitante que había tenido ante sus ojos.

Era muy embriagadora aquella rubia, de formas verdaderamente exquisitas y cuya frialdad era un excitante más.

—Me he conducido como un novicio—pensó,—pero tomaré la revancha.

Apenas si se acordaba del asunto porque había ido al hotel Duprat.

Un papel azul que vió al entrar en su gabinete de trabajo, le recordó lo que los ojos azules de la señora Chagny le hacían olvidar.

Lo abrió con viveza y leyó:

«Bernardo Chavarux está en París. Pasante en casa del notario señor Merlin.

»PILET-DESBUTTES.»

Esto era una suerte.

—Muy bien—pensó el barón.—Mañana le veré.

XVIII

Un provinciano aprovechado.

El antiguo pasante del señor Pilet había llegado á París seis semanas después de la salida de Aubignac de Aurora Milton.

Los Chavarux habían llevado una vida lle-